

aspecto, y magestuosa presencia, amenzándola con una espada desnuda le salió al paso que luego la atemorizada Dama retrocedió; y cerrando los ojos á su pavor, quando los volvió á abrir á su rezelo, ya los jardines y el anciano habian desaparecido. Quedó el camino desembarazado de tan lisonjero peligro; el viejo victorioso, Delcidia corrida, Preciosa admirada; y preguntando á Cándida, quién habia sido su valedor, respondió: es el temor del Rey, que así llaman por antonomasia á este anciano, tan zeloso de la honra de su Magestad, que en llegando deshace en sus ofensas quanto ahora deshizo en estos jardines, que se os presentaron para ofensa suya; y como teme en él la justicia del Rey, le llaman el temor de su Magestad, y á su respeto le piden perdon de los yerros cometidos. Os vió resuelta á volver á pisar las flores de aquel Valle, y en sus jardines los Aspides de vuestros peligros, donde siendo vuestra la herida, era del Rey el dolor: os amenazó terrible para valeros así compasivo. Dixo Cándida, quando se halló con la Hermosura, que buscando á Preciosa, venia como las otras á persuadirla. A dónde va, le dixo, á dónde va la belleza de Venus, huída á la adoracion de tanto Adonis? Si fuera librarlos del zelo de la muerte, que les forma el supremo Marte, era compasion, mas vos les dexais una memoria, y entendeis que les excusais una fiera: Qué es esto, Señora Preciosa, á dónde llevais á sepultar el tesoro de vuestra hermosura? Qué será del dia sin luces? del campo sin flores? de la noche sin estrellas? de la vista sin objeto? Cómo ha de hacer Cupido saetas, si no las forja en vuestros ojos? no sabeis que son otras las de la oficina de Vulcano, y que no valen lo mismo? Volved, Señora por la honra de Cupido, que él os pagará en vasallage, lo que le

le grangeais en vencimientos: una belleza nace á ser vista para crédito de la naturaleza; y es ingratitude esconderle los primores quien le debió los estudios; y guardarle los milagros es lo mismo que sepultarle el poder. No seais, Señora, ingrata á la naturaleza: lo mejor del Mundo es una muger hermosa; luego cómo se ha de esconder lo mejor del Mundo? O parece mucha ceguedad, ó mucha crueldad. Qué espejo dexais contra la fealdad de la ira? Qué Iris contra las discordias de la guerra? Qué alivio contra los rigores del trabajo? Qué luz contra la sombra de la tristeza? Qué lisonja contra el tormento del amor, si todo lo sepultais en vuestra hermosura? La mayor crueldad del tiempo es el acabar su tiempo una belleza. Ved, pues, qué impiedad será la vuestra, si la consumís antes de tiempo. El mayor rigor de la muerte es el cortar por una hermosura; ¿qué casta de corazon es el vuestro, que aprende del mayor rigor de la muerte? Quien os enseñó á ser cruel, os torció el camino de ser atenta; que la consideracion es mas piadosa; y aun vos aqui no haceis otra consideracion. Si la rosa naciera á esconderse entre los espinos, quién habia de alabar, por criarla, al que crió la rosa? Si la perla no saliera de la clausura de la concha, quién habia de admirar en la perla, al que la dió el sér? Si el Sol saliera á vivir entre las sombras, cómo se habia de publicar el poder de quien le hizo criatura? Luego si las luces, si las perlas, si las flores son un pregon mudo de quien las crió y de su poder; y vos escondeis en vuestra belleza las flores, las perlas, y las luces; no solo sois cruel para con vos por esta causa, sino para con quien os crió con tantas prendas, quedais ingrata; y aun el ser ingrata me parece peor que el ser cruel; porque puede haber crueldad sin in-

ingratitude; però no puede haber ingratitude sin crueldad. Preciosa, no vivais á mataros que es locura, vivid para matar, que es bizarría. Haced ostentacion de lo que os dió, quien os crió, y asi quedais mas hermosa siendo agradecida. Dexad en el Valle la memoria de una Elena, sin dexar la destruccion de una Troya; no haya Paris que se atreva á robaros; pero haya Paris que alcance á deteneros. Dexad, Señora, la duracion del dia, no nos querais esconder el Sol tan de prisa (1). Esto dixo la Hermosura, sin lograr de Preciosa un volver de ojos; y Cándida con desdén la respondió; Señora Venus, no tenemos aqui con que acalleis á Cupido, si es que llora ausencias de Preciosa, que ella lleva gusto de esconderle la hermosura, y no de enxugarle las lágrimas; va á cudir al Rey, que tambien lloró por ella, y quiere su belleza mas guardada, no por malquistarla con la naturaleza, como vos decis; si no por no malquistarla con la fortuna; otra respuesta merecia vuestra oracion, però no pide mas detencion nuestro camino. Viendo la Hermosura, que tan mal persuadia con lo que acostumbra, puso á los ojos de Preciosa un espejo en que se viese, porque suspensá en su belleza pudiese detenerse: miróse la Dama inconsiderada; pero Claros pronto al peligro, arrojó un rayo de su diamante prevenido, que dando en el espejo, hizo huir de él como sombra, la imágen que de Preciosa se le retrataba como luz; pasando en el concepto de la Dama por sombra la Hermosura, con tanta prisa la supo Claros desvanecer, y con tanta prisa pudo la Hermosura desengañar.

Vien-

(1) Asi lisonjea la Hermosura.

sup Vencido el asombro de tanto embarazo, apareció Bienmequiere, que con el color desmayado, el semblante asustado, y las acciones desmedidas, dixo asi: A dónde os lleva, Señora, vuestra crueldad? Si á dexarme sin alma, ya es vuestra; si á quitarme la vida, ya no tengo alma; y no es bien que hagais al triunfo de vuestra belleza, extrago de vuestra sinrazon: matar huyendo parece cobardia; matar venciendo solo parece valor. Qué haceis pues de vuestros ojos, si les destruis el poder en vuestros retiros? Aprehended de una fiera á ser cruel, despedazando; no aprehendais de vos á ser cruel escondiendos, que esto es ser mas cruel que las mismas fieras; pues yo quiero morir de vuestros rigores, y no quiero acabar de mis tristezas; no os pido la vida, sino solo os pido la eleccion en la muerte, porque de esta muerte quisiera hacer mi vida.

Mirad que perdeis huyendo el gusto de oirme lastimado; detened á la quexa, y no al quexoso; pareced mas humana con la quexa; suspiros no prenden, yo ya hablo solo por suspiros, con que no arriesgais la libertad; llevaisme en esta ausencia rayos y luces; no pareis como quien quiere restituirme las luces; parad, como quien no quiere perdonar los rayos; no quedeis á lisonjearme la vista, quedad solo á abrasarme el pecho: mas ya que no desconocéis, estimo mas los incendios del pecho, que las lisonjas de la vista; que esto es quererlos; y lo otro es quererme.

Quedaos en el Valle solo á despreciarme; en él ligo vuestro desdén con mi fineza; y no mi soledad con vuestro desvio, que si me hurtais la soledad, os perdono el desdén, y hasta de vuestro desdén tengo soledad. Ved, Señora, cómo estimará las piedades, quien no se atreve á perder las tyranías? Y ved que tal es vuestra tyrania, que

que ni de los rigores quiere ya hacer piedad. Mirad, que no atendiendo á mis ansias, perdeis el ver acabarme en ellas; y pues tanto aborreceis mi vida, deteneos siquiera á ver mi muerte, que yo os prometo de no volver á el aliento de ver, que volveis; y si antes moriria de pena, así moriré de gusto; pero vos solo quereis acabarme de pena, y ni por el costo de una muerte me quereis vender un alivio. Mirad que ya lloro á anegaros, aunque no lloro á persuadiros, y que por verme ciego estais perdida. Quién duda, que los mares de mis ojos harán justicia de vuestra crueldad, y ya que no pueden deteneros, quieran ahogaros? Yo no llorára mas á respeto de vuestro peligro, pero no puedo menos á respeto de vuestra ingratitud, y de mi dolor, y mas facil será vencer vuestra ingratitud, que mi fineza, que solo ésta puede ser mayor que aquella. Perderos, sin lloraros es imposible, que no cabe en lo que quiero. Lloraros, y deteneros es un posible que cabe en lo que podeis. Venced, Señora, vuestro peligro en vuestro poder; que yo no sé vencer mi sentimiento en mi amor: mirad, que os amenazan dos mares en mis ojos, y que solo con volver los ojos podeis enxugarlos; no hay Dios, que de vos no quede que-xoso: Júpiter, porque le llevais los rayos; Apolo, porque le escondéis las luces; Cupido, porque le perdeis las saetas; Venus, porque le sepultais la belleza; Diana, porque le huis con la exêcion; Minerva, porque le callais la ciencia; Palas, porque le desmentis los brios; Vulcano, porque le apagais las llamas; Neptuno, porque le enfuteceis las ondas; Eólo porque le comprimis los vientos; Mercurio, porque le perturbais los ayres; Marte, porque le irritais las iras; Belona, porque le extinguis las furias: todos miraban sus

gracias en vuestra belleza; huir vuestra belleza, es llevarles las gracias. Volved, Señora, por el respeto de tanta deidad; pues no volveis por la obligacion de tanto amor (1).

No hubo uno en nuestra compañía que se dignase de responder á Bienmequiere; y Preciosa temiéndose compadecida, aligeraba el paso presurosa. Viendo el jóven, que sus suspiros volaban y no prendian, por ser compuestos solo de ayre, apeló al poder de sus saetas, sacó el arco é hizo puntería á Preciosa; pero llegó á socorrerla pronta una muger gallarda, toda armada de lucidísimo azero, aquartelado de oro; sus plumas detenian el ayre, su ayre pasmaba al viento, su belleza hacia suspender vientos y ayres. Esta, pues, divina Amazona, Palas christiana, Belona pacífica, llegó á Preciosa, y poniéndole en las manos un escudo, con que resistir á las saetas de Bienmequiere la dexó (2). Era el escudo de materia finísima, y en él fingió mejor Apeles una peña, combatida de los mares, hablando por esta letra: *A pesar de su porfia.*

Viendo Bienmequiere, que contra el valor de aquel escudo, eran sus saetas de cera, pues quebraba las saetas, y no dexaba señal en el escudo, se retiró desesperado de poder vencer su terneza, resistencia tan incontrastable: y Preciosa libre de tan arriesgado peligro, preguntó á Cándida el nombre de su insigne valedora. La Fortaleza, respondió ella, es su nombre; siendo esta soberana Amazona terror de los enemigos de su Magestad, gloria en sus victorias, brazo de su de-

Y

fen-

(1) Así miente el amor. (2) La Fortaleza es el escudo contra las saetas del amor humano.

fensa : adonde ella llega no hay desaliento , que desmaye , y hay solo resistencia que asegure ; asi lo experimentais vos ; pues debeis al favor de su escudo el logro de vuestra victoria. Aqui se oyó Narciso , que en dulce , y triste voz , cantaba á suspender , por si asi podia detener á Preciosa.

El vuelo despedido,
que mi dolor repara,
para , para,
ó Ninfa á mi gemido,
que al oír mi tormento
Se hiela el Sol , arde el ayre , y para el viento.

Mis ojos á buscarte
despiden su corriente,
tente , tente,
que puedes anegarte,
porque mi llanto fragua
Viento de ay , mar de fuego , monte de agua.

Muda tu pecho helado
á lo que amor suspira
mira , mira,
que todo se ha mudado,
si mi dolor te enseña
Firme flor , blanda roca , y tierna peña.

Vuelve , Deidad tyrana,
ó mi muerte resuelve,
vuelve , vuelve,
á mi penar te humana,
pues dexas en tu huída

Ciega fe , viva parca , y muerta vida.

Mas ay , que es imposible
vencer tu ley severa,

muer-

muera , muera,
en mi dolor terrible,
pues son contra mi intento
Falsa voz , torpe planta , tardo aliento.

Oye beldad sangrienta,
á mis ansias atroces,
Dioses , Dioses,
prendedla , que se ausenta,
y os lleva desde luego
Bella luz , clara estrella , y sacro fuego.

Porfia tu dureza
en esta ausencia grave,
sabe , sabe,
que tan fiera extrañeza,
oye , siente , murmura,
Mudo amor , sordo escollo , y piedra dura.

Al mar mi llanto ardiente,
quemame en llama no tarda,
arda , arda,
en su esfera luciente,
aunque mas nieve cria
Tibio pez , Ninfa helada , y perla fria.

A las luces mas puras,
quando de huirme tratas,
matas , matas,
todo pones á obscuras,
dexando en este vuelo

Nube el Sol , noche el dia , y sombra el Cielo.

A prender sin tardanza

el amor se prevenga

venga , venga

á mudar tu mudanza,

pues puede hacer notable,

Y 2

Fi-

Fixa rosa , alma inmoble , luna estable.

Este , pues , Dios Supremo ,
porque su fuerza mide ,

pide , pide

vasallage á su extremo ,

pues le rinden tributo ,

Alto Dios , hombre humano , y fiero bruto.

Tu corazon esquivo

al amor , sin que estudie ,

mude , mude ,

que puede hacer altivo ,

en su encanto no floxo ,

Campo azul , Cielo verde , jazmin roxo.

Mas ay , que amor burlando

á tus iras constantes ,

antes , antes ,

que tu pecho mudando ,

veré en este orizonte ,

Fiera dulce , ave queda , movil monte.

Mares , Tierra , Cielos ,

prended sus vuelos ,

Brutos , Hombres , Dioses ,

oid mis voces ,

Luna , Sol , Estrellas ,

cercad sus huellas .

Prended , cercad , oid ,

pues amor reyna

en hombres , en Dioses ,

en Cielos y Tierra ,

en Mares , en Brutos ,

en Luna y Estrellas .

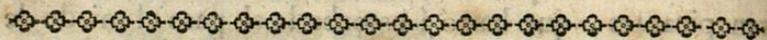
Calló la peligrosa Sirena , sin que sacase de la dulzura
de

de su canto mas que lo amargo de su desengaño ; que Preciosa no volvió á detenerse , aunque temió lastimarse , y asimismo los de su compañía no hicieron mudanza . Narciso , valiéndose como los demás de sus encantos , hizo crecer á los pies de la Dama un monte de espinos tan picantes , que bastó á estorbarla el paso el miedo de su aspereza ; y aunque Sereno , y Cándida la animaban , no se atrevia (1) ; de tan pocas horas era nacido su valor : lidiaba su temor con este estorbo , y no siéndola posible el vencerle , la facilitó el camino un jóven vestido de encarnado , y asimismo el rostro encendido , los ojos vivos , las acciones apresuradas : éste llegando al monte , y poniendo en él los pies , convirtió con admiracion de los presentes , los espinos en rosas (2) ; quedando el monte una lisonja á los ojos , si antes estaba un rigor á los pies ; y de tanta estrella de nacar deseó coronarse el Zafir . Desvaneciósse el jóven en las alas de su ligereza ; y desapareció Narciso en el abismo de su desesperacion . Preciosa , y los suyos pisaban las rosas y admiraban las maravillas , y deciala Cándida ; como aquel jóven era muy amante del Rey , y tan apresurado en su servicio , que le llamaban el Fervor ; porque no tomaba mas razon , que la de luego , luego ; aquellos luego que se hacen ya , y no los que se hacen esperas ; y que por servicio de su Magestad romperia un monte su resolucion . Así vino por mandado del Rey , y con el poder que este Señor da á los de su casa , hizo trocar lo desabrido de aquellos espinos en la gala de estas flores . Todos hicieron conversacion del combate , que en aquel camino habian dado á Preciosa sus ene-
mi-

(1) El amor propio hace miedo de los espinos .

(2) El fervor amante hace parecer los espinos rosas .

migos, de quien ya conocian lo eran del Rey: muy agradecidos á la prontitud, con que él los socorria continuaron su jornada, vencidos tantos embarazos en ella; fausto dia para Preciosa, é infausto para Sinón.



CONSTANCIA DE PRECIOSA.

CAPITULO XVII.

Cortadas las cabezas de la Hidra de Sinón, quando parecia no haber ya ninguna, que renaciese, apareció en Valle de lágrimas, rompiendo las entrañas de un Monte, aborto de su dureza, una muger de tan horrorosa vista, que por los ojos hechaba fuego, por la boca espuma, por las palabras rayos, por la respiracion veneno; el mirar pavoroso: las acciones iracundas, y el semblante tremendo; esta pues, muger Furia montada en un ferocissimo Leon, paseó el Valle, y por la ronca voz de una trompeta, llamo á sí á todos los Príncipes de la casa de Sinón, y Princesas de los jardines de Delcidia que acudieron prontos á rendirle vasallage, conociendo la hija del Principe de la Isla obscura, enemigo del Rey, á quien todos pagaban tributo.

Cobardes, les dixo la indignada Princesa, cómo no se corre de vuestra floxedad vuestro brio? vuestra obligacion de vuestra tibieza? vuestro corazon, de vuestro desmayo, faltando á el empeño á que os llamó vuestro sér, por los de vuestra cobardía? Se os'fió en este Valle la victoria contra una muger, no contra una serpiente; y vuestro miedo la hizo serpiente, para que os venciese; sien-

siendo muger, ¿qué os atemorizó, hombres indignos? Si no tenía mas armas en las manos que la blancura, mas defensa en el pecho que el cristal, mas resguardo en los ojos que las luces? Si quedaseis á morir de amantes teniais disculpa; però qué disculpa me dareis de volver á vivir de vencidos? O qué razon mediará entre vosotros, y el Príncipe del Averno, quando por ser fieles á vuestra razon, fuisteis falsos á sus preceptos; solo para no temer de su poder estais osados? Quién duda, que el obscuro Reyno se cortará nuevo luto por la muerte de vuestro valor, y asi afrentosamente se duplicarán las sombras, que todo todo fueron asombros, viendo la braveza de tantos Príncipes rendida á el brio de una muger; mas ya que no pudieron los hombres, por qué no apelasteis á los Dioses? á dónde estaba el rayo de Jove; el arco de Cupido, el escudo de Palas, la ira de Belona, la espada de Marte, las espumas de Neptuno, la oficina de Vulcano? y á dónde estaba yo, que mas animosa que Marte; mas colérica que Belona; mas brava que Neptuno; mas guerrera que Palas; mas ardidosa que Cupido; mas vibrante que Jove, sabria prender con una respiracion, lo que como respiracion dexasteis volar? Mas ya, ya la descubro que desembarazada de vuestras cobardías, camina al deseado sitio, descuidada de mis fierezas; para qué soy yo aquel monstruo, que atreviéndome á el Cielo, arrojé tantas Estrellas á el Abismo (1)? Para qué soy yo aquella Hidra, que rebenté en tantas cabezas, para no acabar ninguna muerte? Para qué soy aquel Bolcan, que en las entrañas del Valla, vomité el fuego del Averno? Para qué soy
aquel

(1) Los Angeles.